Entre humos y espejos de igualdad:
Mujeres, tabaco y nuevas formas de discriminación

María Luisa Jiménez Rodrigo

Introducción. Nuevas mujeres y "antorchas de libertad"

En marzo de 1929, un grupo de mujeres se manifestaron por las calles de Nueva York protestando contra la desigualdad sexual. En sus manos en alto enarbolaban cigarrillos a modo de "antorchas de libertad" como metáfora de la resistencia frente a los tabúes y discriminaciones que sufrían la población femenina. Esta protesta se inició cuando una de las mujeres que componía este grupo fue impelida por un hombre a apagar el cigarrillo que estaba fumando en público, ya que dicha práctica en esta época no era vista como apropiada para una mujer. El uso femenino de cigarrillos estaba asociado con la decadencia moral y la promiscuidad. Las pocas mujeres que fumaban solían ser actrices, prostitutas o lesbianas, y en general, mujeres que exhibían una feminidad desviada[1] (Greaves, 1996; Waldron, 1991; Tinkler, 2006; Elkind, 1985). El que una mujer fumara suponía una grave infracción a las normas sociales sobre cómo debe ser y comportarse una mujer decente. Y las que vulneraban estas normas solían ir acompañadas del escándalo[2].

El consumo de tabaco en las sociedades occidentales ha sido codificado, hasta hace relativamente pocas décadas, como una práctica propia de hombres –manifestación e instrumento vehiculizador de la masculinidad hegemónica– estando socialmente censurada a la generalidad de las mujeres[3]. Y tradicionalmente, el consumo de tabaco ha sido utilizado

---

[1] De hecho, el cigarrillo fue durante el siglo XIX un símbolo ocupacional de la prostitución (Greaves, 1996) y un elemento iconográfico constante en la fotografía erótica (Amos y Haglund, 2000).

[2] Hay algunos casos sonados como el de George Sand (1804-1876), pseudónimo de la novelista francesa Aurore Dupin, que se enfrentó durante toda su vida a los convencionalismos de la época. Solía vestirse de varón, exhibir una sexualidad escandalosa e ir acompañada tanto de hombres como de mujeres y… fumaba tabaco. O el de la célebre bailarina de origen irlandés Lola Montes (1818-1861), que llevó una vida tumultuosa, llena de desenfrenos y escarceos amorosos. No dudó en fotografiarse en actitud provocadora fumando un cigarrillo. Dicha fotografía se exhibe en el Museo Metropolitano de Nueva York.

[3] Aunque es escasa la evidencia disponible, los datos muestran que, desde los inicios del uso del tabaco y a lo largo de la historia, éste ha sido una atribución masculina. Entre los pueblos nativos americanos, el consumo de tabaco fue una práctica desarrollada por hombres, aunque con significativas excepciones. Por ejemplo, se

como un signo de dominación masculina. Precisamente, por esa enorme carga masculina, el cigarrillo se convirtió en un poderoso instrumento a expropiar por parte de las mujeres que comenzaron a mostrar su oposición hacia los esquemas hegemónicos de feminidad y de relaciones de género. Desde entonces, el consumo de cigarrillos se erigió como un potente símbolo social y político de la lucha feminista[4] y una expresión práctica de los nuevos roles que, a partir de las guerras mundiales, comenzaron a ejercer las mujeres en los países occidentales. Fumar significaba un paso más en la conquista femenina y feminista de prácticas y espacios ocupados por los varones.

En España, la adopción del consumo de cigarrillos por parte de las mujeres tuvo lugar con cierto retraso respecto a los países pioneros en la *tabaquización* femenina, como EE.UU., Canadá, Gran Bretaña o los países nórdicos europeos. Desde una perspectiva histórica, se pueden identificar dos momentos clave en el proceso de apropiación del cigarrillo por parte de las mujeres en nuestro país. Primero, durante los años treinta, coincidiendo con los avances sociales y políticos de la II República. Y a finales de los años sesenta y durante los setenta, cuando se produce cierta apertura a la modernidad en los últimos años del franquismo y, sobre todo, durante la transición hacia la democracia.

Durante la primera mitad del siglo XX, el que una mujer fumase era un acontecimiento estadísticamente raro y socialmente reprobable, aunque había unas pocas excepciones. Además de las artistas, actrices y mujeres de moralidad dudosa, existía un grupo de mujeres urbanas y de clase alta que se apuntaban a las modas extranjeras y comenzaban a asumir nuevos modelos modernos de comportamientos, mentalidades y estéticas, rompiendo y

---

permitía entre algunas comunidades, que las ancianas, las novias o las mujeres embarazadas consumieran tabaco, o si éstas desempeñaban funciones chamánicas y/o curativas o padecían determinadas enfermedades (Wilbert, 1987; von Gernet, 1995). Cuando la planta del tabaco pasó a Europa, su uso parecía estar, aunque no hay datos concluyentes, socialmente restringido a los varones, aunque esta norma podía relajarse entre las clases sociales más elevadas, donde tanto hombres como mujeres valoraban sus cualidades terapéuticas y lúdicas en sus diversas formas de administración: fumadas, bebidas o inhaladas (Hirschfelder, 1999; Hilton, 2000). En el siglo XVII, el uso de pipas por parte de las mujeres comenzó a asociarse en el continente europeo, o al menos en el centro y el norte, con la promiscuidad sexual (Amos y Haglund, 2000; Hilton, 2000). En cambio, las normas de género en torno al consumo de tabaco en polvo o *rapé* durante el XVIII se diluyeron entre las clases altas al asimilarse el uso de *rapés,* y concretamente el uso de determinadas variedades, con la distinción social. De hecho, con el *rapé* se inicia también la publicidad a gran escala de los anuncios de tabaco y los primeros intentos comerciales por captar a la mujer, lanzando marcas específicamente femeninas y anuncios dirigidos directamente a las mujeres de alta sociedad (Rugdley, 1999). De hecho, parece que estaba muy extendido entre las mujeres aristocráticas del siglo XVIII. En Inglaterra, las mujeres respetables esnifaban delicados y perfumados *rapés*, mientras que las *mujeres de vida dudosa* fumaban en pipas (Hilton, 2000).

[4] Algunas organizaciones feministas reivindicaban en sus declaraciones de derechos de la época el *derecho a fumar* como un derecho fundamental de la mujer (Waldron, 1991).

desafiando los parámetros tradicionales de la feminidad. El cigarrillo aparecía como un símbolo de modernidad y autonomía femenina, junto a otras prácticas como vestir pantalones, llevar el pelo corto, conducir vehículos, ir a bares o practicar deportes.

En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, el consumo femenino de tabaco entre las mujeres españolas sufrió un parón, efecto del tradicionalismo forzoso impuesto en el franquismo y de la hegemonía del modelo de mujer –esposa y madre- basado en la figura del "ángel del hogar". La entrada de los cigarrillos rubios americanos marcó el inicio del proceso de *feminización* del cigarrillo industrial en España, al asociarse a la figura de la mujer moderna, liberal e independiente, vendiéndose como un símbolo de una modernidad importada.

A partir de finales de los sesenta y durante los setenta, el consumo de cigarrillos se va extendiendo entre las mujeres de clase media más modernas y liberales, con estudios superiores y profesionales y que viven en ciudades. El cigarrillo en estos años adquirió una nueva y potente significación de resistencia y ruptura frente a la tradición, el inmovilismo y la dominación masculina que representaba la dictadura franquista. Se produjo una apropiación masiva de un símbolo que no sólo era un signo de modernidad sino también una señal de la emergencia de un nuevo estilo de feminidad y de mujer. No sólo se percibía como una ruptura de género sino también como una ruptura ideológica. Fumar era un símbolo de conquista simbólica de espacios, tiempos e instrumentos de poder masculino y resultaba enormemente seductor para las mujeres que deseaban identificarse con un modelo de mujer moderno, en consonancia con los *nuevos tiempos* democráticos.

Fuente: Amos y Haglund

A partir de la muerte de Franco, las industrias tabaqueras intensificaron la publicidad de cigarrillos dirigida a las mujeres, identificando el consumo de cigarrillos con los valores de la libertad, modernidad, emancipación femenina e igualdad. De hecho, España es un ejemplo paradigmático de cómo el cigarrillo ha sido utilizado por las empresas tabaqueras como valor simbólico liberador para las mujeres (Amos y Haglund, 2000).

No obstante, a lo largo de la década de los noventa, el componente transgresor del consumo femenino de cigarrillos comienza a disolverse cuando se va institucionalizando dentro de unas pautas de ocio, estudio y trabajo normalizadas y va desintegrándose la crítica social hacia que las mujeres fumen o asuman comportamientos codificados en décadas anteriores como masculinos. De hecho, el que hoy fume una mujer se valora como algo normal y corriente, incluso *natural*.

Esta expansión del consumo de tabaco entre la población femenina ha sido tal que, hoy, las mujeres empiezan a fumar en mayor medida que los varones[5]. Éste es un fenómeno novedoso históricamente ya que no sólo se ha producido una convergencia estadística de las tasas de consumo de tabaco entre las nuevas generaciones de mujeres y hombres, sino una inversión de la brecha de género a favor de éstas. Pero la convergencia estadística no tiene por qué reflejar procesos de convergencia social, cultural o de género. Incluso, puede enmascarar situaciones de desigualdad a través de espejismos numéricos de igualdad. Por ello, es preciso bucear bajo esas cifras mediante estrategias de investigación cualitativas que ayuden a contrastar, profundizar y comprender las diferencias, similitudes y desigualdades en las relaciones de mujeres y hombres con el consumo de tabaco[6]. Además, la mirada feminista contribuye desde su componente práctico, crítico y ético sustancial, a la detección del sexismo y el diagnóstico de situaciones asimétricas y desiguales de los géneros en condiciones patriarcales (Guerra, 2001). Por tanto, es preciso mirar tras estos humos de igualdad y falsos espejismos de convergencia estadística e sondear las razones de la tabaquización de las mujeres en una estructura social, económica y cultural desigual que ha favorecido que un porcentaje creciente de la población femenina asuma una práctica letal como algo consistente, deseable y necesario en sus vidas cotidianas. Para las mujeres fumadoras, el consumo de cigarrillos ha adquirido una significación especial y diferente en

---

[5] Según las encuestas más recientes, en 2004 un 64,1% de las chicas entre 14 y 18 años -frente al 56,6% de los chicos- había probado en alguna ocasión el tabaco. Y casi un cuarto de las chicas fumaba todos los días frente a dos de cada diez chicos (PNSD, 2004).

[6] Los resultados que aquí se muestran provienen de una investigación sobre el proceso de feminización de l consumo de cigarrillos en España, donde se utilizó una metodología multimodal, basada primariamente en la realización de trabajo de campo etnográfico, combinando entrevistas semiestructuradas en profundidad, discusiones de grupo y observación participante en contextos habituales de consumo de tabaco. Además, estas técnicas de obtención de datos fueron complementadas con la explotación estadística de la serie de Encuestas Nacionales de Salud (1993-2003) y el análisis semiológico de la publicidad de cigarrillos. Por motivos de espacio, algunas de las citas más representativas del trabajo de campo se incluyen a nota al pie para ilustrar según las propias palabras de las mujeres sus experiencias con el consumo de tabaco.

el contexto de sus experiencias social y genéricamente situadas. El cigarrillo presenta relevantes funciones sociales, corporales, emocionales, sexuales y simbólicas, compatibles –e incluso, ineludibles- con los modelos estéticos y sociales de éxito femenino.

Además, las presiones sociales, culturales y económicas para que las mujeres comiencen a fumar y sigan fumando no son las mismas que en los varones y tampoco las probabilidades y recursos para que éstas dejen el tabaco. Las mujeres se sienten más presionadas por los ideales corporales centrados en la delgadez y la *sexualización del cuerpo*. Modelos que son fomentados por las industrias tabaqueras que han situado a las mujeres en el núcleo de sus estrategias comerciales, en un deliberado acto de *discriminación positiva* con fines lucrativos. Además, la desequilibrada división del trabajo, la sobrecarga de roles, la desigual distribución del capital social, cultural y económico contribuyen a que las mujeres fumadoras afronten su estrés cotidiano mediante el cigarrillo frente a la falta de disponibilidad de otro tipo de recursos. Además, el carácter *androcéntrico* y *adultocéntrico* de gran parte de las políticas públicas ha contribuido a que las mujeres, sobre todo adolescentes y jóvenes, no perciban los daños del consumo de tabaco más allá de los relacionados con el cáncer de pulmón y el embarazo. También, los recientes procesos de estigmatización del consumo de tabaco pueden afectar en mayor medida a las fumadoras, no sólo por una cuestión numérica –ya que cada vez más son las mujeres las *estigmatizadas* y los hombres los *normales*– sino porque este estigma –basado en la irracionalidad, la suciedad, el descontrol y el fracaso– no tiene el mismo peso en las concepciones culturales de la masculinidad y la feminidad. A continuación, se describen los principales elementos que configuran las nuevas formas de discriminación y sexismo contra las mujeres sustentadas en el consumo de tabaco.

"Toma un Lucky en vez de un dulce": El consumo de cigarrillos como instrumento modelador del cuerpo

A finales de los años veinte y durante los treinta, las mujeres comienzan a protagonizar los anuncios de cigarrillos directamente enfocados hacia una potencial clientela femenina. Una campaña revolucionaria y clave en la *feminización* del cigarrillo en Estados Unidos fue la de *Lucky Strike*, cuando -coincidiendo con la imposición del valor de la delgadez como

elemento central del nuevo patrón estético femenino- vendieron los cigarrillos como un medio eficaz de satisfacer el hambre sin engordar[7]. Estos mensajes calaron tan profundamente entre las mujeres que la compañía vio crecer su mercado en un doscientos por cien (Amos y Haglund, 2000).

Un factor central del incremento del tabaquismo femenino en los países occidentales se debe a la creencia de que fumar ayuda a regular el apetito (Wiseman et al., 1998; Waldron, 1991; Ayesta, 2000). Y parece que esta asociación entre delgadez y consumo de tabaco se ha cristalizado en todo un mito femenino global que ha traspasado fronteras culturales[8].

Fuente: http://tobacco.org/ads

Fumar y control de peso es uno de los sentidos del consumo de tabaco más relevantes para las mujeres fumadoras, especialmente entre las más jóvenes. El cigarrillo se percibe como una importante herramienta para controlar su apetito y reducir o mantener el peso deseado. El consumo de tabaco puede servir para "engañar" el apetito hasta la hora de la comida y así "evitar el picoteo"[9]. También puede ser utilizado para disminuir

---

[7] *Lucky Strike* lanzó diversos anuncios con los mensajes: "*Reach for Lucky instead of a sweet*" ("Toma un Lucky en vez de un dulce") o "*Light a Lucky and you'll never miss sweets that make you fat*" ("Enciende un Lucky y nunca echarás de menos tomar los dulces que tanto te hacen engordar"). En otros de sus anuncios presentaba la silueta de una mujer delgada sobre otra de una mujer obesa con la leyenda: "*AVOID that future shadow, when tempted. Reach for a Lucky*" (EVITA esa sombra futura, cuando seas tentada. Coge un Lucky) o la figura de mujer gruesa junto a la pregunta: "*Is this you five years from now? When tempted to over–indulge, Reach for a Lucky instead. It's toasted*" ("¿Ésta serás tú dentro de cinco años? Cuando estés tentada a sobrepasarte, coge en su lugar un Lucky. Está tostado").

[8] Por ejemplo, en las investigaciones llevadas a cabo en diversos países asiáticos se observó que las mujeres jóvenes, y concretamente las de las ciudades, encontraban en el consumo de cigarrillos importantes *beneficios corporales* al reducir su apetito (Kaufman y Nichter, 2002).

[9] Una de las mujeres entrevistadas, estudiante universitaria de 26 años, afirmaba que fumar ayudaba a controlar su apetito: «Por ejemplo, llega la una de la tarde y tú tienes un montón de hambre y dices: "Me voy a fumar un cigarro". Pero porque hasta las dos y media sabes que no vas a comer. O... yo qué sé… Tenías clase a la una y entras y tienes hambre y no te da tiempo a comerte nada, pues dices: "Me fumo un cigarro y se me quita un poco el hambre"».

intencionadamente las ganas de comer y, de esta manera, comer menos, e incluso "saltarse" algunas comidas.[10]. La creencia de que "fumar adelgaza" ha adquirido tal solidez y veracidad en el imaginario femenino, que lleva a muchas muchachas, casi niñas, a comenzar a fumar por su preocupación por el peso corporal; pero, también, a muchas mujeres jóvenes y adultas a no dejar de fumar por miedo a engordar. Además, éstas son más vulnerables a las recaídas en el tabaco por este motivo (Jeffery et al., 2000; Perkins et al., 1997).

La relación entre tabaco, alimentación y cuerpo puede tornarse más compleja cuando comienzan a intervenir factores como la ansiedad, la obsesión por adelgazar y la presión de los modelos corporales[11]. Esta relación puede llegar a situaciones extremas, en las que el cigarrillo se convierte en una herramienta, probablemente entre otras muchas, para un control metódico y exhaustivo del peso corporal. En este contexto, el papel del cigarrillo puede perder importancia dentro de la estrategia global de control de peso que despliegan algunas mujeres excesivamente "obsesionadas" por el peso y que suelen emplear otros métodos más drásticos y efectivos para "perder kilos". En este sentido, fumar, además de para inhibir el apetito y evitar las comidas, también es manejado en estos estados como laxante, para eliminar rápidamente lo ingerido. De hecho, algunos estudios han confirmado la relación entre fumar y desarrollo de desórdenes alimenticios entre chicas adolescentes (George y Waller, 2005; King et al., 2007).

En suma, el control del peso corporal es una poderosa razón para que las mujeres comiencen a fumar, pero sobre todo para que continúen fumando[12]. Como afirma Bobbie

---

[10] Extraemos de una discusión de grupo llevada a cabo con chicas adolescentes la siguiente cita: *¿Creéis que fumar adelgaza?* Sí (Todas) / Sí, porque te quita las ganas de comer y entonces... / En vez de echarte algo de comida a la boca, pues te fumas un cigarro y así pues no engordas. / Y también porque a lo mejor lo ves en otras personas de que empiezan a fumar y están cada vez más delgados y dices: "Coño, se está quedando más delgado, por algo será" / En el recreo, pues en vez de comerte la torta, te echas un cigarro y así no te comes la torta y te quedas en la gloria.

[11] A este respecto, otra mujer entrevistada, fumadora diaria de 43 años, reconoce que para calmar su ansiedad sólo dispone de dos vías. O fumar o comer; aunque prefiere la vía de fumar a la de comer, por los efectos negativos que ésta última opción puede tener sobre su peso: «Yo antes que ir al frigorífico prefiero fumarme un cigarro. Sé que me estoy haciendo daño, pero si me voy al frigorífico voy a engordar y la gordura es muy mala para los huesos. Entonces yo cuando estoy ansiosa lo que no puedo hacer es meterme en el frigorífico como he visto personas, además en mi familia hay un caso de anorexia, y no quiero. Y prefiero coger el tabaco antes que la comida. A mí el tabaco me quita la ansiedad. [...] Que me tengo que fumar tres cigarros... pues me los fumo antes que comerme tres chocolatinas o dos yogures. A mí tampoco me gusta mucho la fruta, me gusta cuando me apetece pero no para matar el hambre. Para matar el hambre prefiero un cigarro»

[12] Una circunstancia donde esta relación tabaco y control de peso se torna especialmente delicada es la del embarazo. La gestación suele provocar en muchas mujeres cierta ansiedad por engordar ya que la probabilidad de aumentar de peso se hace mayor en las mujeres embarazadas fumadoras si durante o después del embarazo

Jacobson, "aunque el consumo de tabaco no es un pasaporte para perder peso y dejar de fumar no supone necesariamente un incremento de peso, las mujeres fumadoras a menudo emplean la ecuación «fumar=delgadez=control de peso» [...]. No es que no sean conscientes de los daños para la salud que tiene el consumo de tabaco, pero es que el permanecer delgadas es su más inmediata prioridad" (Jacobson, 1982: 44-45). La utilización femenina del cigarrillo como instrumento regulador del apetito está fuertemente vinculada al modelo corporal femenino imperante en Occidente. El cuerpo, entendido como una construcción conforme a las exigencias y normas sociales (Bernard, 1985), es un espacio de representación de relaciones de género y de las normas, roles y estereotipos asociados a la feminidad y a la masculinidad. Los patrones estéticos y los modelos corporales imperantes no son los mismos en hombres y mujeres. Aunque pueden compartir ciertas características básicas, como la higiene, la limpieza o la esbeltez, a las mujeres se les exige para ser atractivas estar, sobre todo, delgadas.

Dentro de estos modelos corporales, adelgazar se ha convertido en «metáfora del éxito» (Esteban, 2004), encarnada en el control no sólo del propio organismo sino en un control más amplio sobre las emociones y los comportamientos, y en general, sobre la propia existencia[13]. La relación del consumo de cigarrillos con el control del peso corporal responde en un sentido *foucaltiano* a todo un conjunto de «disciplinas corporales», disciplinas de la feminidad enraizadas en el cuerpo y entre las que se encuentran la práctica de dietas y el uso de cosméticos (Butler, 2002). Algunas autoras han interpretado el valor hegemónico de la delgadez como un signo de *sexismo interiorizado*, una manifestación clara de cómo los modelos corporales sexistas inciden en los comportamientos relacionados con la salud (Zucker y Landry, 2007). Es decir, cómo las desigualdades de género se *corporeizan* en la práctica cotidiana.

---

deciden dejar de fumar. Esta preocupación por engordar puede llevar a no abandonar el tabaco (Pomerleau et al., 2001).

[13] Y en este sentido, como apunta Mari Luz Esteban, el «miedo al descontrol», muy ligado al «miedo al placer», es mayor entre las mujeres, ya que las regulaciones físicas y sociales en torno a ellas han sido, y continúan siendo, más fuertes (Esteban, 2004).

"Fumando espero al hombre que yo quiero": La erótica del cigarrillo en los modelos femeninos de éxito sexual

Fumar cigarrillos también desempeña un importante rol en la interacción sexual y sentimental. Este papel ha sido presentado y potenciado en numerosas ocasiones en el cine y en otros medios de comunicación de masas hasta convertirse en un mito de gran calado social. Mito que también ha sido comercialmente explotado por las industrias tabaqueras para *vender* el consumo de tabaco como un símbolo de éxito sexual femenino. De hecho, esta relación entre fumar y atracción sexual es ampliamente reconocida y valorada por las mujeres fumadoras, si bien adquiere matices más intensos durante la adolescencia y la juventud. Fumar es una manera de establecer contacto con los chicos y mostrar una determinada apariencia considerada como atractiva de cara a los varones. Para las mujeres que se iniciaron en el *boom* del tabaquismo femenino, en los años sesenta y setenta –cuando el cigarrillo "estaba de moda" y se erigía como un elemento de modernidad– fumar ayudaba a mostrar una determinada imagen de mujeres "independientes", "modernas" e "interesantes"[14].

La significatividad del cigarrillo para exteriorizar un determinado perfil femenino atractivo y sexualmente deseable frente al sexo opuesto sigue persistiendo en las generaciones más jóvenes. De hecho, entre las adolescentes y jóvenes fumar desempeña un importante papel en la definición de su imagen e identidad sexual en su interacción con los chicos. El cigarrillo puede indicar que son chicas más extrovertidas, más divertidas y más liberales. Y en definitiva, "llamar la atención" de éstos. Además, el consumo de cigarrillos está relacionado con todo un ritual de acercamiento y de cortejo y contacto sexual. El cigarrillo se conforma como una herramienta para ligar y fumar es una buena excusa para que un chico se acerque a una chica, o viceversa, con el pretexto de pedir fuego o un cigarrillo y, así, iniciar conversación[15].

---

[14] Una fumadora que se inició en el tabaco a finales de los setenta afirmaba: «También es posible que hubiera un poquillo de tonteo. Entre las niñas de mi pandilla, sí fumábamos de vez en cuando, como que eras más interesante, ¿no? Tú te sentías más interesante a la hora de ligar, en el plan ése de que tú eres más modernilla que las demás».

[15] Este aspecto se refleja en la siguiente cita de una muchacha fumadora de 26 años: «Es muy típico el muchacho que se acerca: "Oye, ¿tienes fuego?". A mí me ha ocurrido muy poco, he ligado poco, en general. [...] Eso sí alguna vez se han acercado a pedirme fuego, el típico pesado del bar que se acerca y "¿Cómo te

Además, fumar puede llegar a ser algo sensual y erótico[16]. Para muchas mujeres fumar es un instrumento de *performatividad intersexual* que permite manipular conscientemente sus esquemas corporales -mediante la manera de fumar, de sujetar el cigarrillo entre sus manos, de llevárselo a sus labios, de mirar tras el humo...- y así despertar el interés masculino. Fumar es un elemento central del juego de la seducción[17] y puede ser utilizado como "arma de seducción" por muchas mujeres para expresar y enfatizar su feminidad. Esta asociación está fuertemente condicionada por la iconografía cinematográfica que consagra el cigarrillo y el ritual de fumar como eje de las dinámicas de cortejo y seducción sexual, como una metáfora de contacto físico.

Fuente: Colección propia

---

llamas?", y tú: "¿No querías sólo fuego?". Así que tampoco... Pero sí, yo creo que sí o "¿Tienes un cigarro?". O sea, yo creo que para el primer encuentro así...»

[16] «Hay muchas maneras [de fumar un cigarrillo], tú ves a Marlene Dietrich fumando y dices: "Uhh, qué guapa, cómo fuma, que estilo" y cosas así. [...] Y luego, por ejemplo, tú ves a las niñas, de éstas que están bailando o haciéndose un poco las interesantes, que están mirando a un muchacho y es muy típico lo de estar con su cigarrito o echar el humo de forma insinuante. Ahí también hay algo de sensualidad, intencionada, claro, no es que sea sensual el fumar. Puedes fumar de muchas formas, claro...».

[17] Otra fumadora diaria de 29 años, reconoce el potencial erótico de fumar cigarrillos y lo emplea con esta intención en sus relaciones con los varones: «Sé que es negativo para la salud, pero es algo atractivo e incluso puede llegar a ser sensual y... [...] Yo creo que a lo mejor en una discoteca o un pub, sí ayuda a seducir. [...] Yo juego con eso. Mira, si yo estoy en un bar, por ejemplo, y a lo mejor, pues no sé, cojo un cigarro y me pongo así, y hago así... [Gesticula: coge el cigarro y mueve la mano, siempre en alto a la altura de la cara, con gestos suaves y circulares]. Me lo pongo en la boca, y estás hablando con el chaval y estás haciendo así [mueve los labios como si estuviera besando el cigarro]. ¡Esto es muy sensual! El tío no va a parar de mirarte la boca, y lo notas. En la primera calada tu interlocutor siempre te mira a la boca, siempre. Siempre te va a mirar esa calada. Entonces yo, por ejemplo, siempre pongo el labio de arriba un poco más salido que el labio inferior [gesticula]. Y eso, mi amiga la psicóloga me dijo que era muy sensual y que eso sólo la hacía fumando. También muevo mucho las manos... Pero sobre todo, el cigarrillo en la boca yo creo que es muy fálico. Sí, es que es muy fálico. Mira, por ejemplo, el anuncio ése de Winston con el hombre salvaje y el cigarrillo ahí como un pene, y además, un pene erecto y la mujer se lo lleva a la boca... Yo qué sé, es que eso...».

Por otra parte, las industrias tabaqueras han sabido explotar la potencialidad sexual del cigarrillo y su relevancia simbólica en la construcción de la *imagen sexual femenina*[18]. Las mujeres son el objeto primario de los mensajes publicitarios con mayor carga sexual. La mujer fumadora queda representada como una mujer activa, decidida y que, gracias a ello, "triunfa en el amor".

El cigarrillo queda configurado como un instrumento de exhibición de la sexualidad femenina. Lo cual encaja en los modelos de género que tienden a *sexualizar* el cuerpo de la mujer. Y también se presenta como compatible con las nociones culturales de la feminidad que acentúan la importancia de parecer atractivas a los chicos (Rugkasa et al., 2003). Las mujeres son socializadas en dar un uso a sus cuerpos orientado a la reproducción y a la seducción, quedando el cuerpo femenino definido en las sociedades occidentales como objeto de deseo (Esteban, 2004: 72). El consumo de cigarrillos, representado como un importante mediador del contacto heterosexual y un indicador de los niveles de intimidad (Tinkler, 2001: 264), contribuye a esa *sexualización*. El cigarrillo aparece como una extensión de las formas femeninas, simbolizando la sensualidad de la mujer y su disponibilidad sexual (Tinkler, 2001:259). El consumo femenino de tabaco puede ser interpretado como consecuencia de la «objetificación sexual» [«*sexual objectification*»] de las mujeres[19], en función de los parámetros dominantes de feminidad basados en la delgadez y el éxito sexual[20] (Fissel y Lafreniere, 2006).

---

[18] Cabe resaltar que en la muestra de anuncios publicitarios analizados la mayoría de los protagonizados por mujeres se sustentan en los valores de contacto sexual y éxito sentimental.

[19] Esta «objetificación sexual» tiene, en general, consecuencias negativas en la salud de las mujeres, ya que no sólo promueve el consumo de tabaco, sino también el de alcohol y los desórdenes alimenticios (Fissel y Lafreniere, 2006).

[20] De acuerdo con Gilles Lipovestki, "el éxito sigue siendo apreciado socialmente en función de una lógica de sexo. Pocas reprobaciones se ceban en la hiperimplicación masculina en la esfera profesional; en cambio, se hace objeto de acerbas críticas a las mujeres cuya ambición profesional perjudica al equilibrio de la pareja y la educación de los hijos. Por añadidura, en la mujer el éxito se mide ante todo con el rasero de los valores privados. Mientras que los adolescentes identifican el éxito en la vida con el éxito social, las adolescentes optan, en su mayoría, por el *éxito sentimental*". (Lipovestki, 1999: 271).

"Mujeres al borde de un ataque de nervios": El consumo de tabaco como *válvula de escape*

Paradójicamente, las industrias tabaqueras, con bastantes décadas de antelación a los estudios feministas, aplicaron de manera muy efectiva la perspectiva de género para analizar las diferencias entre los sexos en su comportamiento y relación con el consumo de tabaco. Uno de los elementos que más diferenciaban a las mujeres era su *neurotismo*[21] y su incapacidad para hacer frente a su estrés.

Aparte de los estereotipos promovidos desde las compañías tabaqueras, fumar cigarrillos presenta para las mujeres fumadoras una importante dimensión emocional, asociándose, principalmente, a diferentes estados de ánimo negativos como la tristeza, depresión, soledad, enfado, ansiedad o estrés[22].

Los sentimientos ligados con mayor fuerza al consumo de cigarrillos por parte de las mujeres son los relacionados con el estrés y la ansiedad. Estos sentidos son construidos y cobran significado en relación a la definición social de la situación que realizan las mujeres fumadoras y por la posición de éstas en la estructura social. Por ello, y como las situaciones y contextos potencialmente estresantes difieren en función de la edad, la ocupación y la relación con el mercado laboral, la situación familiar y el grado de compatibilidad de los roles sociales y familiares, estos sentidos relajantes del cigarrillo adquieren diferentes matices.

Fumar es un medio muy importante para la reducción del estrés para las chicas jóvenes y adolescentes, sobre todo en relación con los estudios y los problemas en sus relaciones familiares y personales. Esta fuerte relación entre consumo de tabaco y relajación en las adolescentes también ha sido observada en otros trabajos y puede llegar a ser tan importante

---

[21] "El comportamiento de las mujeres difiere del de los hombres [ellas] están más motivadas para fumar… Y encuentran más difícil dejar de fumar... [Las mujeres] son más neuróticas que los hombres y probablemente necesitan fumar más en situaciones estresantes, presumiblemente porque son menos capaces de hacer frente a su estrés... Dado que las mujeres son más neuróticas que los hombres parece razonable asumir que ellas reaccionarán de forma más intensamente a las presiones para fumar…". (British American Tobacco Senior Scientist, 1976. Bates no.650015623/5655. Citado en WHO, 2000).

[22] A menudo, el análisis de las emociones se ha reducido a sus componentes psicológicos, obviando la dimensión social y de género de la construcción y manifestación de la emotividad. A nivel práctico, se ha constatado que existen diferencias de género en la expresión de los sentimientos a nivel transcultural, y la influencia de los roles de género, las desigualdades de estatus, los desequilibrios de poder y los dispares procesos de socialización en la expresión de los sentimientos por parte de mujeres y hombres (Brody, 1997).

como para *decidir* empezar a fumar (Nichter et al., 1997). Resulta llamativo que las mujeres desde edades tan jóvenes definan algunas de las situaciones que experimentan como estresantes, autoidentificando claramente sentimientos negativos como ansiedad, depresión o estrés[23]. La palabra estrés –y también otras como ansiedad, depresión…– tienen a nivel cotidiano un significado ambiguo, siendo aplicadas a diferentes experiencias vitales (Nichter et al., 1997). En el contexto particular adolescente, el estrés se relaciona con las tensiones familiares, conflictos con el grupo de pares y las presiones de los estudios, que aunque desde una perspectiva adulta o *adultocéntrica* no se le atribuya importancia, para las muchachas más jóvenes pueden suponer serios motivos de preocupación y ansiedad.

El cigarrillo se muestra especialmente útil para aliviar el nerviosismo de las mujeres estudiantes durante la época de exámenes[24]. La ansiedad y el nerviosismo asociado a los estudios constituyen un factor de riesgo crítico para la habituación de las chicas adolescentes y jóvenes en el consumo de tabaco, que probablemente empezaron a fumar de forma recreativa.

Los trabajos comparativos de ambos sexos disponibles indican que el estrés adolescente está débilmente relacionado con el consumo de tabaco entre los chicos, mientras que entre las chicas esta asociación es muy poderosa y significativa (Byrne y Mazanov, 2003). Incluso, esta afirmación de que "fumar relaja" es tan fuerte que se ha constituido en un *mito femenino*, que muchas de las chicas llegan a creer mucho antes de experimentar sus efectos y que las puede motivar a comenzar a fumar y persistir en ello. La configuración de este mito femenino está marcada desde los medios de comunicación (sobre todo, por el cine) y la publicidad de cigarrillos, donde gran parte de las mujeres fuman para relajarse y también desde la experiencia cotidiana, cuando estas chicas observan a otras mujeres (como por ejemplo, sus madres o hermanas mayores) emplear el cigarrillo como instrumento para calmar su estrés. Y esta asociación es prontamente interiorizada por las chicas adolescentes (Nichter et al., 1997).

---

[23] Una chica de 17 años y estudiante de bachillerato, afirmaba tajante que fumaba porque: «Te relaja, te relaja en ciertos momentos. Te quita la ansiedad». Y cuando se le pregunta si tiene ansiedad, no sabe muy bien qué responder: «No, pero hay momentos en los que estás muy... No sé, sí».

[24] Las jóvenes fuman mucho más cuando "están de exámenes": «Sí [fumo], mucho más. También por eso, que te sales de la biblioteca a fumarte un cigarro, te sales más veces porque estás más nerviosa y parece que te pincha la silla o porque estás nerviosa y te lo fumas. Te agobias y dices: "No voy a aprobar, me agobio, me agobio, no voy a aprobar, no me da tiempo". Y dices: "Ahora te fumas un cigarro, te sales fuera a que te dé el aire, a tranquilizarte". Y luego, vuelves a estudiar...».

Por otra parte, como señalan otros estudios, las chicas pueden vivir e interpretar de manera diferente a los varones las experiencias estresantes de la adolescencia. La transición de la adolescencia a la adultez puede presentar especiales dificultades para ellas porque han de adaptarse a un conjunto de roles y expectativas que pueden resultar contradictorios, entre los modelos tradicionales y emergentes de feminidad (Byrne y Mazanov, 2003). Esto se refleja en la incompatibilidad de ser "buenas chicas", como demandaría un rol tradicional exigido por la familia, y ser chicas populares, "guays", más en concordancia con un rol moderno y afín a la interacción con su grupo de iguales. Además, como han identificado otros trabajos, las chicas no suelen disponer de otros medios de afrontamiento del estrés, como el deporte o aficiones como los videojuegos, y que sí tienen los chicos (Wearing et al., 1994; Michell, 1997; Nichter et al., 1997; Plumridge et al., 2002).

Para la mayoría de las mujeres fumadoras adultas, el estrés derivado del trabajo asalariado puede originar, entre otros factores, una intensificación del consumo de cigarrillos. Este estrés se relaciona con las dificultades, discriminaciones y condiciones precarias que experimentan muchas mujeres en sus carreras laborales y con los problemas para compatibilizar sus empleos con el trabajo doméstico y la atención a la familia. El acceso al mercado laboral es otro evento crítico para la habituación en el consumo de tabaco, al entrañar nuevos roles, expectativas y responsabilidades que puede sobrecargar los niveles de estrés. Un factor de que las jóvenes estén fumando en mayor proporción que los varones, es que fumar se ha convertido en una respuesta al estrés, la frustración y la inseguridad laboral que sufren muchas chicas cuando pretenden entrar en el mercado de trabajo. Esta autora interpreta el consumo de tabaco como «un coste de la emancipación». Muchas mujeres perciben la transición a la adultez como el acceso a la independencia y la autonomía. Sin embargo, cuando pasan al estado adulto deben adaptarse a la estructura del mercado laboral y responder a las exigencias familiares, al mismo tiempo que también deben cumplir con las demandas sociales de la feminidad (Daykin, 1993: 98).

Además del estrés y la ansiedad derivados del trabajo, los problemas para la compatibilización entre la vida personal, la familiar y la laboral pueden provocar un incremento del consumo de cigarrillos[25].

---

[25] Otra mujer entrevistada, que pasó una época especialmente estresante cuando contaba con apenas 25 años, ya que tenía a su cargo tres niños pequeños, la responsabilidad de las tareas de la casa y, además, debía regentar prácticamente en solitario la cafetería que habían montado ella y su marido. Es en esta época cuando

Otros estudios confirman que las madres trabajadoras más estresadas por su conflicto de roles son las que tienen mayor probabilidad de fumar, probabilidad que se incrementa si tienen escasos recursos económicos (Elkind, 1985; Oakley, 1989; Graham, 1994).

Fuente: Colección propia

La publicidad contemporánea utiliza el valor de la relajación como un importante recurso para vender el cigarrillo a las mujeres como compatible y necesario.

En el ámbito del hogar, las mujeres fumadoras encuentran también en el cigarrillo un importante aliado, sobre todo en lo que se refiere a la ruptura de tiempos y para hacer más tolerables y menos pesadas las actividades domésticas. En el ámbito del hogar, donde los espacios, los tiempos vitales y las actividades pueden confundirse, el cigarrillo adquiere en numerosos casos un sentido fundamental de quiebra de tiempos, espacios y rutinas, asociándose también en gran medida con el descanso y el fin de las actividades de cuidado familiar y mantenimiento del hogar.

Para las mujeres que pasan la mayor parte de su tiempo en la esfera doméstica y donde no hay una separación espacial del tiempo de ocio y del de trabajo, como sí puede ocurrir en la mayoría de las mujeres empleadas, el cigarrillo es a menudo utilizado como un *elemento demarcador*[26]. Como han observado otras investigadoras, las mujeres que se dedican de

---

el cigarrillo le servía como instrumento relajante y desinhibidor de tensiones: «Sí, es que tenía mucho estrés, pero mucho, mucho... [...] Tenía en esa época, tres niños chicos y una cafetería... pues eso era un estrés muy grande el que yo tenía... [...] Ahí sí que fumar me ayudaba a relajarme, aunque siempre he tenido un defecto, que cuando he fumado mucho me ha dolido mucho la cabeza. Aunque yo de siempre he tenido muchas jaquecas, fumar mucho me provocaba tener más dolores de cabeza. [...] Pero... Y aún así fumaba, por el estrés del momento. Ahora no, pero es que entonces fue una etapa muy estresante». Esta cita señala varios factores en la configuración del estrés que sufren muchas mujeres. Primero, la acumulación de roles y responsabilidades, familiares y laborales. Segundo, el descontrol organizativo y la falta de recursos y de ayuda para conciliar ambos roles. Y tercero, la falta de tiempo personal. En este contexto, el cigarrillo adquiere una significación especial en las experiencias femeninas.

[26] En este sentido, la manifestación de una fumadora, ama de casa de 49 años, expresa la asociación del cigarrillo con la ruptura de rutinas domésticas y la reivindicación de su propio tiempo: «He terminado aquí, cojo el cigarro, me siento y rompo la rutina. Ya he terminado de hacer mis cosas, me siento tranquila y ahora me fumo el cigarro».

manera exclusiva al cuidado del hogar y la familia suelen buscar en el acto de fumar *su propio espacio* de libertad y tranquilidad (Jacobson, 1986; Graham, 1993).

En el caso de las mujeres que se encuentran en una situación de desventaja social y económica, el cigarrillo se configura como un instrumento esencial e, incluso, imprescindible para el control del estrés y para sobrellevar los problemas de la vida cotidiana. En este sentido, las mujeres desempleadas o en situación laboral precaria perciben en el uso de cigarrillos como un instrumento de desahogo y escape[27]. Ese estado de relajación que genera el tabaco es percibido como una "necesidad vital", como un requisito sin el cual no puede sobrellevar su vida diaria y constituye un importante elemento de control y seguridad en épocas inciertas. Como también han encontrado otros estudios, la ansiedad ligada a las situaciones de desempleo es un factor de riesgo especialmente fuerte para el consumo de cigarrillos entre las mujeres (Daykin, 1993; Hammarström y Janlert, 1994). Se percibe como un *refugio* en los malos momentos.

El consumo de tabaco entre las mujeres puede interpretarse como un «barómetro de la ansiedad» (Jacobson, 1982). Los discursos de las mujeres fumadoras resaltan la relevancia del cigarrillo como elemento relajante en sus vidas cotidianas. Pero, en este punto, nos podemos plantear ¿qué tiene el cigarrillo para que se convierta en un recurso de relajación de tal importancia que, incluso, ha llegado a ser imprescindible en momentos de estrés y ansiedad? ¿Las mujeres no disponen de otros medios más eficaces, y menos nocivos para su salud, para relajarse y reducir su nerviosismo en períodos críticos? Fumar es, probablemente, una de las pocas estrategias –sino la única– de evasión o alivio a sus ansiedades cotidianas[28]. Una alternativa real y efectiva, estaría en comer, pero evidentemente sus efectos en el incremento del peso no se ven como deseables.

---

[27] Una joven fumadora de 32 años, que en el momento de ser entrevistada se encontraba en desempleo, afirmaba: «Yo sé que me está haciendo daño, que hace mal... pero pienso que para mí las ventajas psicológicas del tabaco son bastante potentes, fuertes. Y también te escudas en lo que tú eres, en lo que percibes que tú eres. Y yo pienso que al ser una persona nerviosa, que todos los fumadores dirán lo mismo, pero al ser una persona nerviosa, pienso yo que me es algo necesario, que me ayuda más... no sé cómo decirte. Y la verdad es que he sentido en varios momentos que me estaba pasando, pero tampoco lo puedo evitar, ni cuando fumo mucho, "bueno, pues ya está", no me siento tampoco muy culpable, ¿no? [...] Que sabes que te va a hacer daño físico, que puede producir cáncer. Todo eso lo estás viendo, ¿no? Pero luego pienso que para mí también relajar mi ansiedad cotidiana y tal es un beneficio también para mí, de alguna manera».

[28] Cuando en las entrevistas individuales y las discusiones de grupo se preguntaba por la disponibilidad y la utilización de otros recursos diferentes al cigarrillo para reducir la ansiedad, la mayoría de ellas afirmaba no contar con otro tipo de recursos, como podría ser el deporte o la práctica de algún tipo de afición. Algunas de

La importancia del cigarrillo para las mujeres radica en que éstas no disponen de tantos recursos como los hombres para controlar sus emociones. Los hombres tradicionalmente han dispuesto de diversos canales aceptados socialmente para expresar sus sentimientos y canalizar sus frustraciones, como puede ser el deporte, la vida social, la agresividad o la sexualidad (Greaves, 1996). Además, los conflictos de roles, tareas y tiempos hacen mucho más difícil a las mujeres, sobre todo con responsabilidades familiares, "sacar tiempo", por ejemplo, para practicar ejercicio físico[29]. Si bien tampoco el deporte constituye un elemento conformador de las identidades femeninas. El cigarrillo es para las mujeres una de las pocas *válvulas de escape* al estrés cotidiano (Jacobson, 1982).

Pero, además, los efectos relajantes de la nicotina son percibidos por las fumadoras como únicos y excepcionales. Esa sensación de bienestar o de calma no puede ser sustituida por tilas, valerianas o tranquilizantes[30]. Además, el cigarrillo es un recurso que presenta una alta disponibilidad y accesibilidad, además de poder ser utilizado en cualquier momento. Esa es otra de las ventajas percibidas y es que está siempre al alcance de la mano de la fumadora cuando más lo necesita[31].

Otros estudios confirman que es más frecuente que las mujeres, en comparación con los hombres, fumen en situaciones de estrés y nerviosismo, y que éstas hacen un mayor uso del tabaco para relajarse y reducir la tensión (Jacobson, 1982; Waldron, 1991; Aghi et al., 2004;). Las empresas tabaqueras, que han reconocido estos efectos desiguales entre los

---

ellas hablaban de la comida como táctica para calmar los nervios, con todas las consecuencias corporales que involucra.

[29] En las encuestas realizadas sobre el empleo del tiempo, indican que un porcentaje considerablemente mayor de hombres que de mujeres emplean su tiempo en actividades deportivas, al aire libre y practicar sus aficiones. Las diferencias se incrementan con la edad y las cargas familiares de las mujeres y se reducen a medida que se asciende en el nivel de estudios y de ingresos (ver Encuesta de Empleo del Tiempo, 2002-2003. INE. Datos disponibles en http://www.ine.es/inebase/).

[30] Como así se desprende de las siguientes citas de las entrevistas: «El tabaco no lo sustituye otra cosa... Y la persona que deja de fumar no lo sustituye con nada. Yo fumo y he estado tomando valerianas y en un momento dado también tranquilizantes. O sea que no creo que se sustituya por otra cosa, ¿no?». «Es que realmente no es como si te tomaras una tila, pero el efecto es real. Porque también te puede relajar irte a correr, ir corriendo a no sé dónde y vuelvo. Pero es que realmente te tranquiliza. O sea que yo he intentado muchas veces sustituirlo por cosas, como… Bueno, pues me voy al quiosco y como tengo que andar de la facultad al quiosco un rato, me despejo, que me dé el aire, me compro chicles y vuelvo, ¿no? Cuando no fumaba, por ejemplo. Y no es lo mismo. Sí, te despejas pero no tranquiliza... Es que hay un efecto físico real también».

[31] Una de las mujeres fumadoras entrevistadas afirmaba: «Yo creo que para mí el tabaco es algo que siempre tienes ahí, que siempre puedo echar mano de él». De nuevo, se aprecia una correspondencia entre los sentidos femeninos y los mensajes de la publicidad de cigarrillos. A este respecto, en uno de la marca Fortuna, rezaba "Abierto 25 horas", vendiendo la disponibilidad de estos productos como una de sus grandes ventajas.

sexos, han aprovechado y fomentado esta *instrumentalidad* del cigarrillo en sus mensajes publicitarios. En los documentos desclasificados de estas industrias se afirma que el consumo de tabaco de las mujeres es diferente al de los hombres porque éstas son emocionalmente más inestables, más "neuróticas", y que, por tanto, pueden necesitar más del tabaco en situaciones estresantes. Este argumento está indudablemente afectado por los estereotipos sexistas todavía persistentes sobre la debilidad e inestabilidad mental de las mujeres. Por ello, es preciso entender el consumo de tabaco relacionado con el estrés no sólo como una dolencia meramente psicológica sino como un estado anímico *socialmente situado* y acentuado por circunstancias precarias, desiguales y discriminatorias. No se trata de que las mujeres sean emocionalmente más inestables que los hombres, sino que, como han apuntado algunas investigadoras, las experiencias relacionadas con el estrés y las estrategias para afrontarlas son diferentes en hombres y mujeres (Aghi et al., 2002).

Las mujeres sienten una peor salud mental a consecuencia de los múltiples, y a menudo incompatibles, roles sociales que han de desempeñar y a la menor satisfacción de las mujeres respecto a sus vidas cotidianas (Chandola et al., 2004). Muchas de ellas experimentan la tensión de roles derivada de la realización de las tareas domésticas, del cuidado de menores y mayores dependientes y del ejercicio de trabajos remunerados fuera del hogar (Aghi et al., 2002; Graham y Hunt, 1998; Jacobson, 1982). Se trataría de «riesgos adquiridos» que marcarían las principales diferencias en cuanto al estado de salud de mujeres y hombres (Verbrugge, 1985). Las circunstancias estresantes que experimentan las mujeres además se acentúan frente a situaciones discriminatorias y desigualitarias. En este sentido, Zucker y Landry (2007) constaron la influencia directa de la discriminación sexista en el estrés de las mujeres y su impacto en el consumo de tabaco. Este sexismo no sólo se manifiesta en una desigual división de tareas, sino que también las mujeres desempeñan trabajos peor pagados y peor valorados socialmente, además de asumir las cargas domésticas y familiares (Jacobson, 1986).

Las experiencias del estrés están también mediatizadas por las definiciones de feminidad y masculinidad. Las mujeres, socializadas dentro de los parámetros culturales del *sexo débil* –sensible, emocionalmente inestable y físicamente vulnerable–, se enfrentan a dos expectativas encontradas: por un lado, se espera que manifiesten sus sentimientos, pero al mismo tiempo, que los controlen. En la iconografía publicitaria y mediática, en general, el

uso femenino de cigarrillos se ha asociado con una sentimentalidad frágil, endeble, que necesita del tabaco para controlar su nerviosismo o, simplemente, para relajarse[32]. Todo esto hace que los sentidos emocionales del consumo de tabaco relacionados con el control de la ansiedad y la reducción del estrés alcancen en las mujeres una significación especial. Podría concluirse que el cigarrillo se ha convertido en el «tranquilizante femenino contemporáneo» (Jacobson, 1982).

"Incultas", "descontroladas" y "malas madres": La estigmatización de la mujer fumadora

Si hasta hace unas décadas el hábito de fumar estaba relacionado con modelos de éxito social, actualmente se está extendiendo una nueva imagen negativa y despectiva hacia la persona fumadora representada como adicta, enferma, contaminante e irrespetuosa. Las mujeres, que fueron seducidas por una imagen atractiva de la fumadora, sufren ahora sentimientos de decepción y traición respecto a aquellas *promesas* de modernidad, libertad y "de estilo" con las que se les vendió el consumo de cigarrillos. Hoy se sienten tachadas como "drogadictas" y no consideran justo que se trate al tabaco como una droga ilegal o, incluso, como "algo peor". Ahora se asocia a un tipo de mujer más "inculta", "irracional" y que se destruye a sí misma y a los demás. Lo que corresponde con los estereotipos de la mujer, médicamente y socialmente proyectados, como "descontrolada" e "impulsiva"[33].

En la última década, el consumo de tabaco se ha transfigurado en un comportamiento estigmatizado, estigmatizante y, en definitiva, degradante de la valoración social de la persona fumadora. El «estigma» hace referencia al abismo entre lo que una persona debería ser –su «identidad social virtual»– y lo que una persona realmente es –su «identidad social

---

[32] En cambio, entre los varones, fumar no se representa como un elemento de relajación, sino como un símbolo de su dureza y fortaleza. Sólo hemos de recordar los míticos anuncios del *hombre Marlboro.*

[33] Esta idea se materializa en la siguiente cita: «En un primer momento fumar se asociaba a un tipo de mujer interesante, más dura... Pero ahora, la verdad, las mujeres que fuman son como una especie de retrasadas mentales o gente más pueblerina o gente más desinformada, ¿no? Ahora que una mujer fume no da ningún signo de... ser más interesante, sino que ahora está muy mal visto. Tanto el hombre como la mujer, se ha desprestigiado mucho la imagen del fumador. Se ve como una especie de masoquista, que se autodestruye... Y está muy desprestigiado tanto para el hombre como para la mujer. Pero antes un hombre que fumaba ha sido una cosa normal. Y antes una mujer que fumaba daba una imagen como positiva, más progresista... Y, ahora, casi es al contrario. Una mujer que empieza a fumar parece que es más inculta, no sé, como más pueblerina... que no se ha subido al carro del cuidado de sí mismo».

real»– (Goffman, 1986). Además, por su carácter visible, es un «estigma desacreditado» ya que esa diferencia se hace evidente en su conducta y debe asumirla como tal. El problema entonces reside en manejar la tensión que se desencadena como consecuencia de la exteriorización del estigma.

Este estigma es similar a la gordura, ya que parece que quién está gordo o gorda –o fuma– es porque quiere, porque no se cuida. Como afirma Mari Luz Esteban, engordar es una «metáfora del fracaso» (Esteban, 2004: 83). Fumar constituye otra metáfora del fracaso de quienes no pueden controlar sus impulsos ni actuar *racionalmente* conforme a los parámetros imperantes de control y cuidado del cuerpo y la mente. Parece que fumar está dejando de "estar de moda" para dar paso a un nuevo estilo de vida basado en hábitos saludables y donde el rechazo al tabaco constituye un eje central[34].

Sin embargo, y aunque aparentemente, la nueva representación negativa del tabaco parece afectar a ambos sexos, este estigma social recae con mayor virulencia en las mujeres, no sólo porque cada vez comienzan a fumar más mujeres que varones, sino también porque socialmente se juzga de un modo más duro y estricto a una mujer que da mala imagen que a un hombre. Mientras que en el caso de las fumadoras, su comportamiento se juzga como poco higiénico y, sobre todo, descontrolado; en el caso de los fumadores, el consumo de tabaco continúa asociándose a la virilidad (Nichter et al., 2006).

Las transformaciones contemporáneas estigmatizadoras del consumo de cigarrillos chocan con mayor fuerza contra los valores establecidos de la feminidad, donde los valores de limpieza y control –tanto físicos como emocionales– son centrales. Además, esta mutación de la representación social de la mujer fumadora se correlaciona y se refuerza en el estereotipo de *mujer neurótica*, que no controla sus sentimientos ni sus comportamientos. Otro factor que afecta de manera diferencial a la valoración social de las mujeres fumadoras se entronca con el estigma hacia mujer embarazada y la madre que fuma (Bottorf et al., 2005). Una madre que fuma durante su embarazo o delante de sus criaturas es objeto de crítica y rechazo social ya que está vulnerando los roles de protección y cuidado culturalmente asignados a las mujeres.

---

[34] Como indican otras informantes: «Creo que se lleva más, incluso, la gente que no fuma, que hace deporte, va a los gimnasios y tiene una vida sana...». «Casi todos mis amigos han dejado de fumar y pareces ahora como una especie de monstruo. Un montón de amigos han dejado de fumar, mis amigas más intimas, sus maridos... O sea, que la gente con la que yo me relaciono ahora son conversos, que ya no fuman y son un poco antitabaco, ¿no?».

Los procesos de estigmatización terminan desembocando en una interacción dramática, a menudo conflictiva, entre personas *estigmatizadas* y personas *normales* (Goffman, 1986). En poco tiempo, si continúan las tendencias observadas, una porción mayoritaria de fumadores estigmatizados serán mujeres, lo que puede derivar en conflictos de género que ya comienzan a manifestarse en las relaciones personales –en las cuales ella fuma y él no– y en problemas en el trabajo, entre otras situaciones sociales.

A raíz de las recientes regulaciones, la relación entre individuos estigmatizados y normales en ciertos contextos de interacción se ha complicado, emergiendo todo un debate sobre los derechos de quienes fuman y de quienes no fuman. Los poderes públicos al plantear el control del tabaquismo en términos bélicos han contribuido a la demonización de las y los fumadores, como seres irracionales e incívicos que atentan contra su propia salud y de la de quienes le rodean (Rodríguez Díaz, 2007). Esta guerra institucional contra el tabaco tiene gran impacto en las vidas de las mujeres fumadoras. Muchas de ellas sienten que son discriminadas, perseguidas y rechazadas en determinados ambientes. Incluso, llegan a sentir que están realizando una conducta delictiva[35].

El debate sobre los derechos de quienes fuman y quienes no fuman es reflejo de una discusión más profunda sobre las libertades individuales y, en definitiva, de la legitimidad y capacidad del Estado para controlar y limitar las libertades del individuo. Las fumadoras perciben que con las leyes antitabaco se está coartando su libertad y consideran muchos de sus planteamientos como hipócritas al no controlar con la misma dureza otros comportamientos nocivos para la salud, como el consumo de alcohol. Gran parte de las fumadoras entrevistadas mencionan que el conflicto entre sujetos fumadores y no fumadores puede resolverse mediante la negociación y respeto mutuo hacia los derechos y libertades de

---

[35] Estos conflictos se reflejaron en el discurso de numerosas mujeres fumadoras: «Y ahora fumar parece que es un delito. Y es que yo no lo llego a comprender. Sobre todo cuando tenemos el alcohol tan al alcance de la mano, tan fácilmente... Cuando esos niños llegan a una discoteca y tienen ahí las pastillas, el éxtasis, el esto y lo otro... Tan a la mano... Y que fumar sea un delito... Y que nos traten en algunos sitios casi como delincuentes. Que yo veo muy bien que en un hospital no se fume. Que si en una reunión y pone un cartel no fumar porque si estamos dos fumadores y hay veinte no fumadores, es la mayoría... esta bien. Pero si en una habituación estamos veinte fumadores y un no fumador, yo no veo lógico que por esas dos personas, las demás estemos sin fumar. Lo mismo que cuando nos toca a nosotros nos salimos fuera cuando nos queremos fumar un cigarrillo, pues ellas dos si ven que estamos fumando pues deberían salirse fuera de la misma forma. Es que no llego yo a comprender porqué ahora... Sí por la salud, la salud... Pero hay tantísimas cosas que hacen daño... Yo siempre tengo la cabeza eso, la bebida. El alcohol te hace puré el hígado. Y la bebida se la venden a cualquiera. Es que es con el tabaco. [...] Y ahora te fumas un cigarro y parece que te estás cargando a media humanidad. La verdad, es que yo no lo veo lógico, porque cada uno tiene que tener su libertad, dentro de tener respeto a los demás y de tener respeto a los demás... Que eso es claro».

los demás, por lo que las leyes existentes se valoran en un sentido coercitivo más que protector de la salud.

Son los centros de trabajo –al concentrar de forma continuada gran parte del tiempo de interacción entre personas fumadoras y no fumadoras– donde brotan con mayor frecuencia estos conflictos, sobre todo a partir de la aplicación de leyes que restringen los lugares donde se permite fumar. Las mujeres fumadoras se sienten discriminadas e incomprendidas, forzadas a abandonar sus espacios y tiempos de rutina laboral para fumarse un cigarrillo, como si fueran "enfermas" o"adictas". Tienen que "irse a la calle" para fumar o hacerlo a escondidas, lo que provoca en muchas mujeres sentimientos desagradables de culpabilidad y exclusión.

La práctica de fumar tabaco es, además de un instrumento de interacción social, también desempeña un rol destacable en la interacción de pareja y familiar. La creciente estigmatización de las personas fumadoras puede complicar las relaciones interpersonales, dando lugar a conflictos de género en las relaciones de pareja y familiares. El consumo de tabaco en el contexto de la pareja o la familia suele estar regulado de forma más o menos implícita o explícita, determinando los espacios, tiempos y rutinas donde "se tolera" –o no "se permite"– el consumo de tabaco. En el trabajo de campo, se constató un interesante cambio que puede ser un reflejo más global de las transformaciones en las pautas de consumo de tabaco de los sexos. En gran parte de los contextos familiares e interpersonales analizados se observó que muchos de los varones, o no habían fumado nunca o habían dejado de fumar; mientras que las mujeres eran las que más fumaban. Además, éstas se veían en la necesidad de negociar y fijar normas en torno al consumo de tabaco en el contexto del hogar y de la interacción con sus parejas para poder llevar a cabo su hábito[36].

---

[36] Parece que la mujer se ha quedado sola con el cigarrillo. En un número creciente de familias y parejas, las mujeres son las únicas que fuman y se han visto obligadas a llegar a acuerdos con sus maridos para "poder fumar en casa": «Hombre, la verdad es que mi marido no fuma y yo le digo: "Cómprame el tabaco" y va y me lo compra. No quiere, pero me lo compra. Pero como me ha conocido así... Además, hemos llegado a un acuerdo. Como a él le gusta el fútbol y a mí el tabaco, pues: "Yo a ti no te voy a decir nada del fútbol, pero tú a mí no me digas nada del tabaco". Ese es el acuerdo. Yo a él no le digo nada del fútbol y mira que está todo el día liao con el fútbol. Lo único que me dice cuando me ve que estoy fumando más, que me ve más nerviosa, es que no fume tanto. Pero yo siempre me meto en la cocina o en la cochera, porque delante de ellos procuro no fumar». En otro caso similar, una fumadora de 54 años contestaba cuando se le preguntaba si fumaba en casa: «Pues, no. No fumo en casa. No puedo. Mi marido no soporta el tabaco y no se puede fumar en casa. Nadie puede fumar».

Esta situación, cada vez más usual, en la que la mujer continúa fumando y su pareja ha dejado de fumar puede causar conflictos[37].

Este deterioro de la imagen de la mujer fumadora en contextos interpersonales también ha sido constatado en el estudio cualitativo llevado por el equipo de Joan Bottorf donde el tabaquismo femenino era considerado por los hombres no fumadores como un acto de debilidad, vulnerabilidad y falta de control (Bottorf, 2005). La situación se ha tornado, por tanto, paradójica. Si durante décadas el hombre ha fumado en su hogar y la mujer ha tenido que soportar los "malos humos" de sus maridos, padres o hermanos; ahora, la mujer o tiene que renunciar a fumar en casa o encerrarse en el cuarto de baño o en la cocina. Y se ven forzadas a negociar para minimizar los posibles conflictos y desencuentros en torno a su consumo de tabaco (Bottorf et al., 2005).

Pero también se da el caso de que el consumo de cigarrillos se convierte en un "arma arrojadiza" entre las parejas y en un instrumento de dominación masculina. Una parte de las mujeres fumadoras entrevistadas declara haber sido objeto de críticas y presiones por parte de sus parejas para que dejaran de fumar. En otros casos, el cigarrillo puede utilizarse por parte de las mujeres fumadoras como un instrumento de resistencia en los conflictos interpersonales, con una enorme carga simbólica de exhibición de poder y reivindicación de espacios, identidades y prácticas. En suma, las rutinas específicas de pareja relacionadas con el consumo de tabaco se enlazan con un amplio conjunto de comportamientos donde ambos miembros de la pareja pueden proyectar y reforzar distintos roles y establecer prácticas normativas en relación con el consumo de tabaco (Bottorf et al., 2005).

---

[37] Otra informante de 29 años relata que ha tenido fuertes conflictos con sus parejas no fumadoras: «Los hombres... No sé, a lo mejor es coincidencia, pero la mayoría de los hombres que me rodean odian el tabaco, todos. […] Eso lo he escuchado mucho y lo chicos lo repiten mucho, "!Es que las tías son muy viciosas!". Además, los chicos ven fumar como algo muy perjudicial. Lo que yo no entiendo es cómo nosotras no lo vemos. Es algo que no logro entender, no sé si es por inseguridad o por el estrés, es que no lo sé / *¿Qué crees que piensan los chicos de ti por fumar?* / Que soy débil, que soy una vendía, que no tengo personalidad... Y es que en mi grupo de amigos ningún chico fuma. Porros sí, pero tabaco ninguno. Y las chicas todas menos una. [...] Pero es que yo creo que el porcentaje [de hombres que fuman] cada vez es más bajo. Odian el tabaco y odian a las personas que fuman porque las ven personas débiles. Pero... vaya... todos. Es que yo no he estado con ningún chaval que fumase... Que pudiera decir: "Bueno, me fumo con él un cigarro". A lo mejor en la cama... No he podido hacer eso, ni yo sola. A lo mejor algún día que me permitiesen fumar en la cama… Porque yo me tenía que ir de mi cuarto. ¡Encima de mi cuarto! Es que ya era intolerable. Porque si es mi cuarto, ¿por qué me voy a tener que ir a fumar a otra habitación...?»

"Mujer + Salud + Tabaco = Embarazo": Los sesgos androcéntricos en la construcción del problema del tabaquismo femenino

Respecto a la percepción de los efectos del consumo de tabaco sobre la salud, se observa en los discursos de las mujeres fumadoras una visión reduccionista que los limita al cáncer de pulmón[38] y, cuando se considera de forma particular la salud femenina, al embarazo. La *sobreinformación* en torno al tabaco y el cáncer de pulmón termina enmascarando lagunas y vacíos de conocimiento sobre el impacto del tabaquismo sobre los cuerpos y la salud de las mujeres. Sobre todo, porque el llegar a padecer cáncer se percibe como una posibilidad lejana por parte de muchas fumadoras, especialmente si son jóvenes. No es probable que una adolescente renuncie al consumo de tabaco por motivos de salud.

Cuando en la ecuación «tabaco y salud» se introduce el «factor mujeres», entonces el resultado no es cáncer de pulmón sino embarazo. Las mujeres identifican el embarazo como el factor determinante y diferenciador de los efectos del tabaco sobre la salud femenina[39]. En general, no se estiman los daños del consumo de tabaco durante el embarazo como unos daños directos que puedan afectar a su propia salud, sino a la salud del hijo o hija que va a nacer. En cierto modo, las mujeres se ignoran a sí mismas y transfieren el objetivo del riesgo asociado al tabaquismo al feto. De hecho, la gestación suele ser el período en el que una mayor proporción de fumadoras decide abandonar y termina abandonando el consumo de tabaco (Kahn et al., 2002). Esta percepción implica en la práctica que un porcentaje substancial de mujeres fumadoras sólo se plantee el abandono del consumo de tabaco como un asunto estacional –circunscrito a los meses de embarazo y, posiblemente, al período de

---

[38] Se produce una identificación casi automática entre consumo de tabaco y cáncer de pulmón, sobre todo entre las fumadoras adolescentes y jóvenes. Una de las chicas entrevistadas de 15 años, al ser preguntada por los efectos sobre la salud del consumo de tabaco, respondía: «Bueno, aparte de darte cáncer de pulmón y todo eso, pues… Yo qué sé... ».

[39] Gran parte de las mujeres entrevistadas indicaban que dejarían de fumar al quedarse embarazadas. Evitar el daño al bebé sería principal motivación para dejar de fumar: «Si yo me quedara embarazada dejaría de fumar, por supuesto. Me costaría la vida, pero lo dejaría». «Yo lo que tengo claro es que voy a dejar de fumar antes de quedarme embarazada. Cuando tenga planes de quedarme embarazada quiero dejar de fumar del todo. Ahora mientras soy estudiante, entro, salgo... Ahora llevo un tipo de vida un poco diferente y entonces cuando tenga un poco más de estabilidad tendré que dejarlo del todo porque a mí no me gustaría ni que mis hijos me vieran fumando, porque ya en el ambiente hay bastante fumadores para que también lo vean en casa y tampoco me gustaría fumar estando embarazada».

lactancia– y reversible. Muchas de ellas han vuelto al cigarrillo tras dar a luz y/o finalizar la lactancia.

El abandono del consumo de tabaco durante el embarazo se define como una obligación moral y social de la madre. Una decisión que probablemente no se habrían planteado con anterioridad y que en los meses de gestación se vuelve inexcusable e improrrogable. La presión del modelo de "buena madre" que abandona el tabaco cuando está embarazada es tan grande que genera sentimientos encontrados entre las intenciones de abandonar el tabaco en beneficio del bebé y la pérdida de los beneficios corporales, sociales y emocionales de fumar (Lennon et al., 2005).

Otra relación fatal entre consumo de tabaco y embarazo tiene lugar cuando se incorpora el factor de la preocupación por el peso corporal. Para una parte importante de embarazadas la ansiedad por engordar puede llevarlas a no abandonar el tabaco en el embarazo y a utilizar el cigarrillo como estrategia de control del peso durante y después del embarazo (Pomerleau et al., 2001). O también, dejar de fumar durante la gestación, pero volver al cigarrillo para controlar el apetito y recuperar el peso anterior al embarazo. La problemática de las fumadoras embarazadas es una necesidad no cubierta por las instituciones sanitarias, sobre todo para aquellas mujeres en desventaja social y económica. La persistencia en el consumo de tabaco durante la gestación no responde a un modelo individual sino que está fuertemente determinada por la posición social y material de las mujeres y, consecuentemente, por los apoyos sociales con los que cuentan para reducir su estrés (Oakley, 1989).

Aparte de las dificultades para abandonar el tabaco, otro problema que sufren muchas madres fumadoras son las recaídas después de haber dado a luz a sus criaturas. Al sustentar motivaciones para dejar el cigarrillo amparadas en la protección del feto durante el embarazo, cuando éste llega a su fin no fumar pierde su sentido a favor de las ventajas emocionales, corporales y sociales que les puede reportar volver a fumar. La nostalgia del cigarrillo y la conciencia de que nunca habían dejado fumar, sino que ha sido algo coyuntural, son importantes factores de las recaídas en el consumo de tabaco (Bottorf et al., 2000). El fracaso de muchas mujeres en su intento por dejar el consumo de tabaco antes, durante y después del embarazo pone de relieve el desconocimiento de los determinantes del consumo de cigarrillos de las mujeres embarazadas y la ineficacia de las estrategias institucionales sanitarias (Kahn et al., 2002).

Conclusiones: Desmantelando las pantallas de humo

Una interpretación ampliamente extendida de la expansión del consumo de cigarrillos entre las mujeres es que ésta ha sido una consecuencia lógica del avance en la igualdad entre los sexos. En consecuencia, la convergencia entre los sexos en los ámbitos educativos, laborales y políticos tendría su reflejo en una convergencia en los hábitos de vida; por lo que se estaría produciendo una *neutralización* de género de las experiencias cotidianas de mujeres y hombres en un contexto de creciente igualdad. Sin embargo, las llamas de estas "antorchas de libertad" han provocado espejismos de igualdad que llenan de humo e impiden ver los procesos subyacentes de desigualdad que acompañan a la *tabaquización* contemporánea de las mujeres. No se puede obviar que el consumo de tabaco está ligado a una mayor probabilidad de enfermedad y de muerte, y que cada vez más mujeres enferman y fallecen como consecuencia de problemas de salud derivados del tabaquismo. Por tanto, el consumo de tabaco no puede entenderse como una señal de igualdad, sino todo lo contrario, es uno de los más importantes indicadores contemporáneos de desigualdad social y de género. De hecho, esta práctica está cada vez más correlacionada con la desventaja económica y el aislamiento social, como consecuencia del desigual acceso a la información y la inequitativa distribución de los recursos sociales y económicos. Fuman quienes menos tienen y son quienes menos tienen los que sufren más dificultades y obstáculos para dejar de fumar. Y son precisamente las mujeres –y entre éstas, las de menor estatus socioeconómico y las que se encuentran en situaciones laborales y familiares más precarias– las que presentan una creciente tasa de consumo de tabaco. Finalmente, desde la investigación feminista, es tarea ineludible el desmantelamiento de las pantallas de humo que desde los argumentos de igualdad entre los sexos, la *naturalidad* y la *neutralidad* de género camuflan situaciones y procesos de discriminación que, en el caso del consumo crónico de tabaco, pueden llegar a ser mortales.

Referencias

AGHI, Mira, ASMA, Samira, YEONG, Chng Chee & VAITHINATHAN, Rose. 2001. "Initiation and Maintenance of Tobacco Use". En: SAMET, Jonathan & YOON, Soon-Young (eds.) *Women and the Tobacco Epidemic. Challenges for Epidemic-Challenges for the 21st Century*. Geneva: World Health Organization. p. 48-68.

AMOS, Amanda & HAGLUND, Margaretha. 2000. "From Social Taboo to "Torch of Freedom": the Marketing of Cigarettes to Women". *Tobacco Control* 9:3-8.

AYESTA, F. Javier. 2000. "Tabaco y peso corporal". *Prevención del Tabaquismo* 2:148-50.

BERNARD, Michel. 1985. *El cuerpo*. Barcelona: Paidós.

BOTTORF, Joan, JOHNSON, Joy, IRWIN, Lori & RATNER, Pamela. 2000. "Narratives of Smoking Relapse: The Stories of Postpartum Women". *Research in Nursing & Health* 23:126-34.

BOTTORF, Joan, KALAW, Cecilia, JOHNSON, Joy, STEWART, Miriam & GREAVES, Lorraine. 2005. "Tobacco Use in Intimate Spaces: Issues in the Study of Couple Dynamics". *Qualitative Health Research* 15(4):564-77.

BRODY, Leslie. 1997. "Gender and Emotion: Beyond the Stereotypes". *Journal of Social Issues* 53(2):369-94.

BUTLER, Judith. 2002. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Barcelona: Paidós.

BYRNE, Don & MAZANOV, Jason. 2003. "Adolescent Stress and Future Smoking Behaviour: a Prospective Investigation". *Journal of Psychosomatic Research* 54:313-21.

CHANDOLA, Tarani, MARTIKAINEN, Pekka, BARTLEY, Mel & LAHELMA, Eero. 2004. "Does Conflict Between Home and Work Explain the Effect of Multiple Roles on Mental Health? A Comparative Study of Finland, Japan, and the UK". *International Journal of Epidemiology* 33:884-93.

DAYKIN, Norma. 1993. "Young Women and Smoking: Towards a Sociological Account". *Health Promotion International* 8(2):95-102.ELKIND, Andrea. 1985. "The Social Definition of Women's Smoking Behaviour". *Social Science & Medicine* 20(12):1269-78.

ESTEBAN, Mari Luz. 2004. *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.

FISSEL, Dorrie & LAFRENIERE, Kathryn. 2006. "Weight Control Motives for Cigarette Smoking: Further Consequences of the Sexual Objectification of Women?". *Feminism & Psychology* 16(3):327-44.

GEORGE, Anila & WALLER, Glenn. 2005. "Motivators for Smoking in Women with Eating Disorders". *European Eating Disorders Review* 13(6):417-23.

GOFFMAN, Erving. 1986. *El estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

GRAHAM, Hilary. 1993. *When Life´s a Drag: Women, Smoking and Disadvantage*. London: HMSO.

GRAHAM, Hilary. 1994. "Gender and Class as Dimensions of Smoking Behavior in Britain: Insights from a Survey of Mothers". *Social Science & Medicine* 38(5):691-98.

GRAHAM, Hilary & HUNT, Sonja. 1994. "Women's Smoking and Measures of Women's Socioeconomic Status in the United Kingdom". *Health Promotion International* 9(2):81-88.

GREAVES, Lorraine. 1996. *Smoke Screen: Women's Smoking and Social Control*. Fernwood Publishing. Halifax.

GUERRA, María José. 2001. *Teoría feminista contemporánea. Una aproximación desde la ética*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid.

HAMMARSTRÖM, Anne & JANLERT, Urban. 1994. "Unemployment and Change of Tobacco Habits: a Study of Young People from 16 to 21 Years of Age". *Addiction* 89:1691-96.

HILTON, Mathew. 2000. *Smoking in British Popular Culture 1800-2000*. Manchester: Manchester University Press.

HIRSCHFELDER, Arlene. 1999. *Encyclopaedia of Smoking and Tobacco*. Phoenix: Oryx Press.

JACOBSON, Bobbie. 1982. *The Ladykillers: Why Smoking Is a Feminist Issue.* London: Pluto Press.

JACOBSON, Bobbie. 1986. *Beating the Ladykillers: Women and Smoking.* London (and Leichhardt): Pluto Press.

JEFFERY, R.W., HENNRIKUS, D.J., LANDO, H.A., MURRAY, D.M. & LIU, J.W. 2000. "Reconciling Conflicting Findings Regarding Postcessation Weight Concerns and Success in Smoking Cessation". *Health Psychology* 19(3):242-46.

KHAN, Robert, CERTAIN, Laura & WHITETAKER, Robert. 2002. "A Reexamination of Smoking Before, During, and After Pregnancy". *American Journal of Public Health* 92(11):1801-8.

KAUFMAN, Nancy & Mimi NICHTER. 2001. "The Marketing of Tobacco to Women: Global Perspectives". En: SAMET, Jonathan & YOON, Soon-Young (eds.) *Women and the Tobacco Epidemic. Challenges for Epidemic-Challenges for the 21st Century*. Geneva: World Health Organization. p. 69-99.

KING, Lindsay, SAULES, Karen & IRISH, Jessica. 2007. "Weight Concerns and Cognitive Style: Which Carries More "Weight" in the Prediction of Smoking among College Women?". *Nicotine & Tobacco Research* 9(5):535-43.

LENNON, Alexia, GALLOIS, Cindy, OWEN, Neville & McDERMOTT, Liane. 2005. "Young Women as Smokers and Nonsmokers: A Qualitative Social Identity Approach". *Qualitative Health Research* 15(10):1345-59.

LIPOVETSKY, Gilles. 1999. *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino.* Barcelona: Anagrama.

MICHELL, Lynn. 1997. "Loud, Sad or Bad: Young People's Perceptions of Peer Groups and Smoking". *Health Education Research* 12(1):1-14.

NICHTER, Mimi, NICHTER, Mark, VUCKOVIC, Nancy, QUINTERO, Gilbert & RITENBAUG, Cheryl. 1997. "Smoking Experimentation and Initiation among Adolescent Girls: Qualitative and Quantitative Findings". *Tobacco Control* 6:285-95.

NICHTER, Mimi, NICHTER, Mark, LLOYD-RICHARDSON, Elisabeth E, FLAHERTY, Brian, CARKOGLU, Asli & TAYLOR, Nicole. 2006. "Gendered Dimensions of Smoking among College Students". *Journal of Adolescent Research* 21(3):215-43.

OAKLEY, Ann. 1989. "Smoking in Pregnancy: Smokescreen or Risk Factor? Toward a Materialist Analysis". *Sociology of Health & Illness* 11(311):335.

PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS. 2004. *Encuesta sobre drogas a la población escolar, 2004*. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

PLUMRIDGE, E.W., FITZGERALD, J. & ABEL, M. 2002. "Performing Coolness: Smoking Refusal and Adolescent Identities". *Health Education Research* 17(2):167-79.

PERKINS, Kenneth, LEVINE, M.D., MARCUS, M.D., & SHIFFMAN, S. 1997. "Addressing Women's Concerns about Weight Gain Due to Smoking Cessation". *Journal of Substance Abuse and Treatment* 14(2):173-82.

POMERLAU, Cynthia, ZUCKER, Alyssa & STEWARD, A.J. 2001. "Characterizing Concerns about Postcessation Weight Gain: Results From a National Survey of Women Smokers". *Nicotine & Tobacco* 3(55):64.

RODRÍGUEZ DÍAZ, Susana. 2007. "Todos contra el humo. Apuntes en torno a la guerra contra el tabaco". *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico* 1(1). [Revista electrónica] [ref. de 10 de junio de 2007]. Disponible en Web: <http://www.intersticios.es/article/viewArticle/646>

RUGDLEY, Richard. 1999. *Enciclopedia de las sustancias psicoactivas*. Barcelona: Paidós.

RUGKASA, Jorun, STEWARD-KNOX, Barbara, STTLINGTON, Julie, SANTOS, Pilar & TREACY, Margaret. 2003. "Hard Boys, Attractive Girls: Expressions of Gender in Young People's Conversations on Smoking in Northern Ireland". *Health Promotion International* 18(4):307-14.

TINKLER, Penny. 2001. "Rebellion, Modernity, and Romance: Smoking as a Gendered Practice in Popular Young Women's Magazines, Britain 1918-1939". *Women`s Studies International Forum* 24(1):111-22.

TINKLER, Penny. 2006. *Smoke Signals: Women, Smoking and Visual Culture in Britain*. Manchester: Berg Publishers.

VERBRUGGE, Lois. 1985. "Gender and Health: an Update on Hypothesis and Evidence" *Journal of Health and Social Behavior* 26:156-82.

VON GERNET, Alexander. 1995. "Nicotinian Dreams. The Prehistory and Early History of Tobacco in Eastern North American". En: GOODMAN, Jordan, LOVEJOY, Paul & SHERRATT, Andrew (eds.). *Drugs in History and Anthropology*, London: Routledge. p.67-87.

WALDRON, Ingrid. 1991. "Patterns and Causes of Gender Differences in Smoking". *Social Science & Medicine* 32(9):989-1005.

WEARING, Betsy, WEARING, Stephen & KELLY Katy. 1994. "Adolescent Women, Identity and Smoking: Leisure Experiencie as Resistence". *Sociology of Health & Illness* 16(5):626-43.

WILBERT, Johannes. 1987. *Tobacco and Shamanism*. New Haven: Yale University Press.

WISEMAN, Claire, TURCO, Robin, SUNDAY, Suzanne & HALMI, Katherine. 1998. "Smoking and Body Image Concerns in Adolescent Girls". *International Journal of Eating Disorders* 24(4):429-33.

WORLD HEALTH ORGANIZATION. 2000. *The Tobacco Industry Documents. What They Are, What They Tell Us, and How to Search Them. A Practical Manual*. WHO / University of California [ref. de 10 de febrero de 2005]. Disponible en Web: <http://repositories.cdlib.org/context/tc/article/1243/type/pdf/viewcontent/>

ZUCKER, Alyssa & LANDRY, Laura. 2007. "Embodied Discrimination: The Relation of Sexism and Distress to Women's Drinking and Smoking Behaviours". *Sex Roles* 56:193-203.